

COLECCIÓN POPULAR

273

QUIZÁS

Traducción
FELIPE GARRIDO

LILLIAN HELLMAN

QUIZÁS

Un relato



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1980
Primera edición en español, 1984
Segunda edición, 2020

Hellman, Lillian

Quizás. Un relato / Lillian Hellman ; trad. de Felipe Garrido. —
2ª ed. — México : FCE, 2020

99 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 273)

Título original: *Maybe. A Story*

ISBN 978-607-16-6580-5

1. Hellman, Lillian – Autobiografía 2. Narrativa 3. Literatura
norteamericana I. Garrido, Felipe, tr. II. Ser. III. t.

LC PS3515.E343

Dewey 813 G476q

Distribución en México

Título original: *Maybe. A Story*

Publicado por acuerdo con Creative Artists Agency

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6580-5

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Para
Ephraim London
y
Richard de Combray

CON SARAH siempre era así y asá por todas partes, o quizás nunca vi lo suficiente para comprender. En algunos puntos sé qué sucedió, pero hay mucho que ignoro, por causa del tiempo o porque no me importaba demasiado.

No es fácil. Pero no hay mucho que sea fácil; a medida que una envejece advierte cuán poco conoce de cualquier relación, y hasta de sí misma.

Ni siquiera sé si Sarah está muerta, pero estoy bastante segura de que hace dos años vivía, pues me parece que la vi entrar al vestíbulo del Hotel St. Francis, en San Francisco, y llegar al mostrador de la recepción.

Pero, ¿era Sarah? Ya entonces la vista comenzaba a fallarme y no puedo estar segura. Mientras me aproximaba a la mujer que creía Sarah ciertamente escuché la voz: Sarah tenía una manera extraña de hablar, como si las palabras no fueran apropiadas o le costaran mucho trabajo. La posible Sarah en efecto me vio y la posible Sarah le sonrió a alguien que se encontraba a mis espaldas, y se marchó. Un hombre se cruzó en mi camino y para cuando llegué con la recepcionista —joven, exótica, morena— y le pregunté cómo se llamaba la dama que había precedido al intruso, ella me dijo que no sabía de quién le hablaba.

Fui a los teléfonos del hotel y pregunté por la señora Sarah Cameron, el último nombre con que la conocí y que, por supuesto, podía no ser el que tuviese ahora,

pero la telefonista, en el tiempo que les lleva olvidar el nombre que se les ha solicitado, me contestó que la señora Camp no estaba registrada. No me importó: ya me pesaba haber hecho la pregunta. Después de todos esos años, ¿qué podríamos habernos dicho?

Y, de cualquier modo, “todos esos años” no querían decir nada: nunca nos conocimos realmente y, aunque parte de su vida había sido depositada conmigo, yo tenía buenos motivos para pensar que mucho de lo que oí no era cierto y que aun en aquello que sí lo era había algo de más, vago, inesperado, quizás una razón semiabsurda por la cual se me estaba confiando. No quiero decir que ella pretendiera usarme o sacar provecho de mí; en realidad no. Quiero decir que cada vez que recibía un pedacito de su vida era como si ella o su esposo o alguien me hubiese elegido sólo porque yo iba pasando por allí, o porque casualmente me encontraba sentada cerca de ellos en uno de esos restaurantes donde si estás sola, y a veces aunque no lo estés, conversas con el hombre o con la mujer que están sentados junto a ti.

Porque, me parece, fue en un restaurante donde y como Sarah y yo nos conocimos, aunque ella siempre dijo que fue en una fiesta de aniversario que la revista *The New Yorker* dio en uno de sus primeros años. Y quizás Sarah esté en lo cierto: tengo el vago recuerdo de una fiesta, pero cuando le pregunté a gente que trabajaba en la revista si la recordaban, todos dijeron que no, excepto Wolcott Gibbs, quien dijo que sí hubo tal fiesta, pero que nunca oyó hablar de Sarah. Aunque por supuesto ella siempre creía que había conocido a la gente en fiestas porque se la vivía colándose en ellas.

Una de las cosas más extrañas de los bebedores, yo entre ellos en aquel entonces —Dios sabe que también Gibbs—, es que muchas cosas que te parecen claras mientras bebes, cuando estás sobria jamás vuelven a parecerte claras, naturalmente porque nunca lo fueron. Sobre todo los lugares: la fiesta de *The New Yorker* o el restaurante La Cuarta República en la Rue Saint-Germain-des-Prés. Todo era así, de cualquier modo. Pero estoy segura de que la primera o la tercera o la quinta vez que nos encontramos fue en ese restaurante porque recuerdo a Sarah, sola en la mesa de al lado, preguntándome si podía ayudarme con la mesera que no lograba entender mi francés *patois* de Nueva Orleans. (Tiempo después, cuando llegué a ser una parroquiana regular, el propietario y la mesera, que era su amante, y la madre del propietario, que no era su madre, todos me felicitaban por la fluidez de lo que llamaban mi francés de Marsella.) No estoy segura de si Sarah y yo hablamos mucho esa primera noche en el restaurante, pero ciertamente hablamos la semana siguiente o algo así, cuando llegué con mi esposo. Ella tenía un bebito encima de la mesa. Recuerdo al bebé porque era enorme y muy blanco. Ella dijo que se llamaba Isaac pero que le decían Som, y que no le gustaba París. La dejamos en el restaurante después de que se reunieron con ella un hombre y una jovencita de unos trece años. El bebé escupió a la muchacha, quien a su vez le escupió.

—Es curioso. No es una belleza, pero se parece a la Garbo —dijo mi esposo.

Era cierto, se parecía a la Garbo, pero creo que era hermosa sólo cuando no hablaba ni sonreía. Entonces

algo especial ocurría en su rostro: era como si no estuviera destinado a moverse, y cuando lo hacía, entonces todo —boca, nariz, la cabeza entera— se le volvía demasiado grande. Pensé eso mismo cada vez que la vi después. Pero, ¿qué significa después cuando no puedes recordar los momentos ni los lugares de ayer? Por supuesto, recuerdo muchas cosas de Sarah, pero sé que a menudo lo que creo recordar no coincide con lo que ella me dijo ni con lo que otros me dijeron de ella.

COMO todo el mundo, me imagino, he conocido gente que entra y sale de mi vida y que cree significar para mí más de lo que en realidad significa. Creen que has pensado en ellos más de cuanto lo has hecho. No siempre es que simplemente quieran sentirse importantes: es una especie de misterioso equívoco que a menudo te desconcierta y a veces te abruma. En el caso de Sarah, no creo que le preocupara saber qué significaba para nadie.

Desde mi punto de vista, Sarah era una especie de gorriona interesante, y eso nunca propicia recuerdos profundos ni sentimientos firmes. Su primer marido, Carter Cameron, me dijo cierta vez, muchos años después:

—Con Sarah no se trata de vida o de gente. No le interesa el mañana porque no le importa el ayer. Para ella todo se reduce a horas.

—¿Qué tanto la recuerdas *tú*? —le pregunté.

—Sólo el principio —me respondió—, y eso en parte por mi hijo. Ahora él tiene tanto de eso mismo, sólo que... sólo que —tocó mi cabello— con mala intención, y Sarah no fue nunca así.

Algo supe de Som a través de los años, y en cierta ocasión que el muchacho estaba en Princeton me llamó para decirme que se hallaba en dificultades: ¿podía pasar a verme? Aplacé la entrevista durante una o dos semanas y después me llamó un hombre que dijo ser

amigo de Som y que Som se andaba escondiendo en el hotel Royalton, y que no podía salir porque no tenía con qué pagar la cuenta; no podía salir, además, porque había empeñado toda su ropa y hacía frío en marzo. Me di una vuelta por el Royalton como una hora después, pero alguien había rescatado a Som, o él se había fugado.

Pasadas unas semanas recibí una caja de jengibre confitado que me envió con una nota que decía: “No corras cuando puedes ir al paso. Som Cameron”.

Le conté a Ferry Dixon lo del jengibre la siguiente vez que ella vino de Detroit a Nueva York. Ferry y Sarah estudiaron juntas en Foxcroft y fueron amigas íntimas, o lo que seas cuando te pasas el día montando a caballo. En la cena con Ferry y con su marido, un rico heredero, ella se emborrachó muy pronto, o había estado bebiendo desde antes de que nos reuniéramos, y de seguro su esposo había hecho lo mismo. Cenamos en el 21, lo cual, por supuesto, fija una fecha y un lugar para Ferry y el millonario, quien de inmediato pidió caviar, el mejor del mundo, dijo el próspero muchacho, y acto seguido se quedó dormido unos buenos diez minutos.

Cuando le hube contado a Ferry lo del jengibre, le pregunté por Sarah; ella señaló a su marido, que dormitaba, y dijo:

—Esto es lo que me saqué por andar casándome por interés. Me lo tengo bien merecido. Eso es lo que estás pensando.

Nadie es tan impaciente con los borrachos como un ex alcohólico, y eso es lo que yo era entonces. Y no importa qué tan embrolladas queden las cosas triviales

cuando una llega a descubrir lo poco que le importa la gente que está sólo de paso; una debería haberlo sabido, y no volverla a ver después del tiempo dedicado a la bebida.

El hastío de aquella cena no fue nada llevadero, pues yo sabía que Ferry iba a repetir todo lo que estaba diciendo mientras no recibiera una respuesta que la consolara o la cosa no acabara en pleito. Así que decidí mandar todo al diablo y comencé a tamborilear con los dedos en la mesa. La tercera vez que Ferry dijo “de alguna manera tú estás allí sentada pensando que tengo lo que me merezco”, le contesté que no estaba pensando en nada, excepto, quizás, en unas cuantas ostras después del caviar, y eso era extraño porque las ostras ya no suelen tener buen sabor, no como en Nueva Orleáns o en Francia, pero yo seguía esperando lo mejor, y de todas maneras las pedí. ¿No creía ella que ése era el único modo de vivir? ¿Esperanza? ¿Solamente esperanza?

—Tú crees que lo tengo merecido. Tú no te habrías casado por dinero —dijo Ferry.

—Nunca me lo propuso un hombre que tuviera dinero —le contesté, llegando tan lejos como estaba dispuesta a ir.

—¿Y Albert?

—Se llamaba Alexander y era tan pobre que yo creo que me cortejó, o que hizo lo que demonios haya hecho, para cenar en la casa dos veces por semana. A mi madre le caía bien porque hablaba con suavidad y, de cualquier modo, alguien me lo quitó, gracias a Dios.

—¿Quién?

—No me acuerdo, y no lo sé y no me importa.